

Paisajes para un topónimo. Reflexiones fenomenológicas sobre la aprehensión inca y española de los espacios de Lipes (altiplano sur andino)¹

Francisco M. GIL GARCÍA

Universidad Complutense de Madrid
Dpto. de Historia de América II (Antropología de América)
fmgilgar@ghis.ucm.es

Recibido: 17 de noviembre de 2008

Aceptado: 27 de marzo de 2009

RESUMEN

Partiendo de las descripciones corográficas del Altiplano de Lipez realizadas durante la Colonia, este trabajo plantea un análisis del topónimo *Lipes* desde la interpretación de su composición paisajística. Considerando las raíces *llipi* (quechua y aymara) y *lipi* (aymara), se plantean y analizan dos metáforas y una metonimia que permiten acometer la etimología del topónimo desde las imágenes de una tierra refulgente pero a la vez yerma, y desde las alusiones a un arte cinegético para la captura de vicuñas. A partir de estos juegos de sentido, se alcanza a componer una representación de Lipes en tanto que paisaje de paisajes, definido desde evocaciones a una tierra estéril, mal poblada, habitada por gente pobre y ruin, y caracterizado por los estereotipos de unos espacios y unas gentes salvajes y por domesticar; una imagen compuesta originariamente por los incas y mantenida y reformulada por los españoles.

Palabras clave: Lipes, paisaje, toponimia, metáfora, metonimia

Landscapes for a Toponym. Phenomenological Reflections about Inca and Spanish Apprehension of Lipes Spaces (Southern Andes Highlands)

ABSTRACT

From colonial chorographic descriptions of Lipez Highlands, this paper poses a *Lipes* toponym analysis from the interpretation of its landscape composition. Considering the roots *llipi* (quechua and aymara languages) and *lipi* (aymara), I present and analyse two metaphors and one metonymy due to study its etymology from the image of a shiny but arid land, and the allusions to a hunting art for capturing vicunas. Thus, from this plays of sense, I manage to compose a Lipes representation as a landscape of landscapes, which is defined from sterile land, bad settled, inhabited by poor and ruin people evocations, and characterized by the stereotypes of spaces and peoples savages and pendant to be tamed; an image originally compound by Incas and continued and reformulated by Spaniards.

Key words: Lipes, landscape, toponymy, metaphor, metonymy

Sumario: 1. Introducción. 2. Coincidencias paisajísticas en la aprehensión colonial de los espacios de Lipez. 3. Metáfora I: de la tierra refulgente. 4. Metáfora II: de la tierra yerma. 5. Metonimia de un arte cinegético. 6. Consideraciones finales. 7. Referencias bibliográficas.

Para Darío, de momento el último en llegar.

1. Introducción

Al aprehender culturalmente los espacios de un escenario geográfico que nos viene dado (espacio físico o medioambiente) representamos una referencia de orden construida, polisémica, cualitativa y heterogénea (*paisaje*), que permiten a cada individuo

¹ El presente trabajo resulta de la Tesis Doctoral dirigida por el Dr. Luis J. Ramos Gómez que, bajo el título *Lipes en los siglos XIV-XVII. Construcción de una región geohistórica identitaria y clasificaciones coloniales en el altiplano surandino*, fue defendida en la Universidad Complutense de Madrid el día 7 de noviembre de 2008 para la obtención del título de Doctor en Historia.

y cada grupo humano disponer su lugar-en-el-mundo y también el de sus vecinos (*territorios*). Así, la idea de *espacio* remite a una representación percibida del entorno, que bien puede distar más o menos de la estructura real de éste en función de los sistemas de relación y de los capitales que entren en juego a la hora de construirlo como *realidad*. De ahí que si el paisaje resulta de la construcción sociocultural de un entorno percibido y representado, ningún paisaje podrá nunca existir sin que antes se proyecte sobre el espacio físico una mirada contemplativa, de manera que para observar un paisaje primero hay que componerlo. Por ende, más allá de un mero ejercicio de ordenación de los elementos naturales de un espacio geográfico, es necesario definir un paisaje en términos de una construcción mental. Siendo así, todo paisaje resulta un producto de la percepción humana, sobre la cual pesan las ideologías y las emociones sentimientos. Recurriendo a los polos del binomio Naturaleza-Cultura, remataré esta somera definición concluyendo que el paisaje encarna la culturización del entorno natural a partir de una malla de puntos de significado sociocultural en un tiempo concreto y dentro de un orden de racionalidad particular.

Sólo a partir de estos presupuestos podrá entenderse la distinción entre los topónimos Lipez y Lipes que emplearé en las páginas siguientes. Geográficamente, *Lipez* remite al Altiplano de Lipez, extremo meridional de un vasto altiplano surandino, comprendido entre los salares de Uyuni y Atacama, y que a consecuencia de sus condiciones medioambientales especialmente áridas se ha dado en llamar también Puna de Lipez e incluso Desierto de Lipez; un área actualmente repartida entre las tres provincias de Nor y Sur Lipez y Enrique Baldivieso, al suroeste del departamento de Potosí (Bolivia). Por su parte, el locativo *Lipes* alude a una región geohistórica de límites imprecisos construida como un entramado de representaciones paisajísticas y proyecciones territoriales, cuyas bases fueron sentadas por los incas y cimentadas posteriormente durante la Colonia temprana. Y digo «representaciones paisajísticas», en plural, porque realmente el topónimo *Lipes* refiere a un paisaje de paisajes donde confluyen distintas metáforas y metonimias; juegos de sentido que lo convierten en una realidad general simbolizada pero al mismo tiempo particularmente diferenciada en función de cómo sean percibidos sus espacios naturales y las actividades que en ellos desarrollen quienes los habitan.

Así, en este trabajo aspiro a interpretar la etimología del topónimo *Lipes*, aunque no tanto desde su origen lingüístico o su forma semántica, como desde su significación, centrando así el análisis en las estructuras de pensamiento que lo originan y en las categorías simbólicas que desde él se expresan.

Qué duda cabe de que todo ejercicio toponímico supone una voluntad de significar un espacio, y al mismo tiempo ubicarlo dentro de las representaciones del mundo propias de cada grupo humano. Por este motivo los topónimos amerindios resultaron tan sensibles al choque cultural y al empuje civilizador derivado de las dinámicas de conquista y colonización del Nuevo Mundo; más aún si tenemos en cuenta que los españoles tendieron a asociar biunívocamente topónimos y etnónimos, acicateando así procesos de construcción regional y de etnogénesis. Sin embargo, muchas veces olvidamos que, previamente a su dominación española, tales territorios habían sido conquistados y sometidos por otros grupos indígenas, a veces incluso en un tiempo bastante cercano. Es fácil así pasar por alto que lo que a priori parecieran topónimos

locales bien pudieran serlo (recientemente) impuestos, y por ende resultantes de categorías de percepción del espacio y/o de sus habitantes ajenas al grupo sometido². En tal caso, al mismo tiempo que se anula la posibilidad lingüística de acceder a la denominación «autóctona» del topónimo y a la percepción «original» de los espacios nombrados, se abre para la etimología una vía de análisis consistente en la búsqueda de lo que J. L. Martínez (1995) llama «miradas étnicas» sobre tales espacios. Una forma de mirar que se pregunta respecto de 1) cómo el espacio y sus habitantes fueron percibidos y representados por parte del grupo dominante, y 2) cómo los paisajes y el paisanaje resultantes fueron compuestos a partir de lo que me atreveré a considerar como una suerte de «determinismo geográfico-cultural de índole simbólica»; una lógica según la cual el ambiente marca los modos de vida y la manera de ser de sus habitantes, del mismo modo que la condición de éstos transforma la consideración que *otros* puedan formarse de los espacios por ellos habitados.

En este sentido, mientras que el Altiplano de Lipez conformó desde siempre un corredor natural de tránsito y un espacio de encuentro para sociedades indígenas interdigitadas en el contexto de la Puna Salada³, en la región de Lipes –tanto desde la óptica inca como española– se multiplicaron las fronteras medioambientales, civilizatorias, étnicas, geoestratégicas, administrativas, económicas. De ahí la importancia de clarificar las tramas de significación que, desde la metáfora y la metonimia, dotan al topónimo Lipes de sentido y lo transforman en un paisaje de paisajes. En pos de este propósito, primeramente presentaré los espacios de Lipez desde las fuentes coloniales, incidiendo en aquellas variables perceptivas sobre las cuales coincidieron autores de distinta época; a continuación procederé a desmenuzar los diferentes juegos de sentido implicados en la composición paisajística de Lipes.

2. Coincidencias paisajísticas en la aprehensión colonial de los espacios de Lipez

Mencionar aún hoy el Altiplano de Lipez hará que nuestro interlocutor apele, casi de manera refleja, bien a los rigores ambientales y lo inhóspito de sus espacios, bien a las riquezas minerales atesoradas por la mayoría de sus cerros. Prácticamente de igual modo ocurría durante la Colonia, añadiendo a estos dos estereotipos el de una

² Lo mismo ocurre con los etnónimos, donde tal vez esta cuestión resulta aún más evidente: mientras que la mayor parte de grupos indígenas se autodenominan según categorías de «verdadera humanidad» o similares, sus vecinos –muchas veces enemigos, o autoposicionados en un escalafón civilizatorio superior– suelen referirse a ellos de un modo despectivo de acuerdo con sus propias lógicas clasificatorias, primando así la *identificación* sobre la *identidad*. Sin embargo, dado que los primeros contactos con *otros pueblos* suele tener lugar por intermediación de estos vecinos, son innumerables los casos de etnónimos «inapropiados» fuertemente arraigados en la literatura antropológica, igual que los esfuerzos reivindicativos de mayor o menor calado por parte de los «ofendidos» para lograr un cambio de nombre.

³ En términos generales, integran la Puna Salada, o Región Circumpuneña, Tarapacá, el Loa Superior y la Puna o Desierto de Atacama en Chile, el Altiplano de Lipez en Bolivia, y la Puna de Jujuy en Argentina, conformando una macro-área geográfica –y a la vez cultural– marcada por ecosistemas de altura, oasis y valles en las tres vertientes del alzamiento puneño, que se prolonga hacia el sur hasta la latitud de Catamarca en Argentina y Chañaral en el litoral chileno.

abundancia de «ganados de la tierra» y el prejuicio de ser una tierra pobre habitada por gente pobre, estereotipo éste a todas luces heredado de la visión inca de los espacios de Lípez y sus moradores. Veamos algunos ejemplos.

Al referir los repartimientos existentes en Charcas al término de la rebelión de Gonzalo Pizarro (1544-1548), Pedro [Alonso Hernández] de Hinojosa se refiere a Lipes como «tierra mui esteril i de poca comida», añadiendo que sus indios «no tienen maiz i están en tierra mui esteril i de poca comida, tienen ganado aunque no en cantidad» (in Loredó 1940: 56-57, 61)⁴.

Años más tarde, en su descripción de las campañas militares de Tupac Inca Yupanqui (1471-1493) a través del altiplano meridional, Juan de Betanzos (1987: 164 [1551, cap. XXXVI]) se refiere a Lipes como una tierra «muy estéril de aguas y comidas», «rasa y sin monte y [donde] todo lo demás eran salitrales», de «muchas avestruces», «minas de muchos colores muy finas para pintar y de todos aquellos colores que nosotros tenemos» y «algún tanto de ganado», habitada por gente «muy ruin» y «pobre en comidas y mantenimientos».

También al referir la incorporación de Lipes al Tawantinsuyu⁵, Garcilaso de la Vega caracteriza esta tierra como «mal poblada. (Y así se detuvieron y gastaron más tiempo los Incas en caminar por ella que en reducirla a su señorío.)», aunque por otra parte, y sin duda por ensalzar el valor de su conquista, señala también que estaba habitada por «enemigos belicosos», «mucha gente valiente y belicosa» (Vega 1995: 240, 307 [1609, Libro IV, cap. XX y Libro V, cap. XXIII]).

En su *Carta [...] en donde se describe la provincia de los Lipes*, Juan Lozano Machuca (1965 [1581]: 59, 61) alude a este territorio en tanto que «tierra mala y despoblada», un concepto bastante ambiguo donde podrían estar confluyendo referencias a lo inhóspito de la región y a un patrón de asentamiento indígena disperso (*sensu* Garcilaso de la Vega) y/o a una ausencia de españoles; aunque también podría apelar a la idea de un espacio vacío y pobre, en perfecta consonancia con esa imagen predominante del Altiplano de Lípez como un páramo yermo, desértico y salobre. Volveré sobre ello más adelante.

En el capítulo «Del asiento y minas de los Lipes» de su *Relación general del asiento y la Villa Imperial de Potosí*, Luis Capoché (1959: 127-128 [1585, fs. 43v-44v]) habla de Lipes como una provincia «fría y seca», de escasas lluvias y recios vientos, caracterizada por «sierras altísimas de perpetua nieve y llanos que son unos salitrales sin

⁴ Aunque sin fecha, por su contenido y por su estilo de redacción, los dos memoriales de Pedro de Hinojosa deben ser anteriores a 1546, año en que abandonó a Gonzalo Pizarro y se pasó al bando realista comandado por Pedro de La Gasca. Es más, por recoger entre los «repartimientos con dueño» los de *indios lipes* en Hernán Núñez de Segura y Francisco de Tapia, debieran ser incluso anteriores a 1545, momento en que ambos abandonaron a Pizarro y se unieron a Diego Centeno en su contra. Para una argumentación más detallada de este fechado relativo, cfr. Gil 2008: 259, 267-271.

⁵ En esta materia, y por desmerecer las campañas de Tupac Inca Yupanqui, undécimo Inca a quien Betanzos adscribe la conquista de Lipes, Garcilaso de la Vega dice que fueron los capitanes de Yahuar Huacac, séptimo Inca, quienes sometieron el territorio de Lipes al señorío de los Incas, siendo su sucesor, Inca Wiracocha, quien afianzó su conquista. En cualquier caso, y más allá de una diferencia de fechas y gobernantes que responde a los intereses personales de cada autor a la hora de escribir sus crónicas, lo destacable aquí es la coincidencia de ambos en los valores empleados para caracterizar los paisajes y al paisanaje de Lipes desde el punto de vista indígena dominante.

ningún fruto ni hierba»; un territorio «inhabitable, si no fuera por la bárbara nación de que está poblada, por ser gente sin ningún concierto ni policía», que se mantiene de raíces, una precaria actividad agrícola, la ganadería y la caza de animales silvestres.

Ya entrado el siglo XVII, Antonio Vázquez de Espinosa (1992-II: 878-879 [1630, Libro V, cap. 33, n^{os} 1759-1760]), en su *Compendio y descripción de la Indias Occidentales*, en el capítulo «De las provincias de los Lipes y Chichas», indica que Lipes es tierra «de pocas comidas» y «grandes despoblados», en los que mora todo tipo de fauna silvestre (vicuñas, guanacos, vizcachas, perdices, avestruces) que, junto con algunas semillas y pequeños pescados, sirve de sustento a unos indios que, explícitamente, caracteriza de cazadores-recolectores-pescadores.

Refiriéndose a la puna en general, Bernabé Cobo (1964-I: 32 [1653, Libro I, cap. X]) señala en su *Historia del Nuevo Mundo* que «el aire ambiente es más seco y frío de lo que pide la complexión del hombre; por lo cual suele alertar y destemplan mucho los cuerpos», para seguidamente enfatizar dicha particularidad medioambiental en la destemplanza de «los rigurosos páramos de la provincia de los Lipes».

En el siglo XVIII, Jorge Juan y Antonio de Ulloa (1990-II: 179 [1748, II, Libro I, cap. XIII, n^o 345]), en su *[Relación histórica del] Viaje a la América meridional*, dicen del territorio de Lipes que «el temperamento que gozan sus tierras es sumamente frío; y así no abundan en él simientes ni frutos pero sí ganados», tanto silvestres como domésticos.

En su *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales o América*, Antonio de Alcedo y Herrera (1967-II: 316 [1786/89]) reseña igualmente que «el temperamento» de Lipes es «frío y seco», siendo así una tierra «infructífera» donde abundan los animales silvestres.

Por estos mismos años, Juan del Pino Manrique (1971 [1787]: 36) refiere en su *Descripción de la villa de Potosí, y Partidos sujetos a su Intendencia* que los espacios de Lipes son de «temperamento sumamente frío, y muy poco vecindario. Escasos de agua, y las que hay salitrosas. Sus campos son tolares, y en lo más muy pobres de pastos, lo que precisa a no tener otro ganado que los carneros de la tierra».

Pedro Vicente Cañete y Domínguez (1952: 387, 388-389 [1797, cap. XII, Noticia 1^a]) anota en su *Historia física y política de la provincia de Potosí* que en las tierras de Lipes «el temperamento es demasiadamente frío y no adecuado para la agricultura», aunque, por el contrario, muy apto para la ganadería, reseñando así abundancia de ganados de la tierra.

Junto a estas representaciones de los espacios de Lipes en las que se enfatiza la aspereza de sus punas, la presencia de salitrales, los rigores climáticos de un territorio frío y seco, la dificultad de sacar adelante cultivos y la abundancia de camélidos domesticados y silvestres, cabe señalar que tanto éstos como el resto de autores coloniales que atendieron a la corografía de Lipes llamaron la atención, con mayor o menor lujo de detalles técnicos, sobre sus riquezas minerales (metales –fundamentalmente plata–, sales y piedras semipreciosas).

En suma, una representación paisajística de Lipes anclada en la idea de un territorio árido, inhóspito y en parte inhabitable, poblado por gentes hoscas, bárbaras cuando no salvajes, y que el orden colonial tildaría de indios desacatados. Unos espacios pobres y ruines habitados asimismo por gente pobre y ruin, como si la naturaleza de la

tierra marcara el carácter de sus moradores y viceversa, y como si la suma de ambos valores hubiera servido para remarcar la esencia de un territorio periférico y marginal dentro de los imperios inca y español. Pero al mismo tiempo, un territorio mineralógicamente sumamente rico y susceptible de ser explotado. De ahí que mi punto de vista en el análisis etnohistórico de Lipes como región geohistórica identitaria haya pivotado siempre en tres axiomas: *ásperas punas* que hacen de Lipes un territorio periférico y marginal tanto dentro del Tawantinsuyu como del virreinato del Perú, *cerros de plata* exponentes de su potencial económico por explotar, e *indios desacatados* sin gobierno ni policía, de cuyo sometimiento y dominio efectivo dependían los intereses económicos y geopolíticos de la región construida (Gil 2005a, 2008, 2009).

Fue entonces a partir del registro de estos tres axiomas como los españoles –y, muy posiblemente, antes los incas– aprehendieron los espacios de Lipez y los transformaron en los paisajes de Lipes. Y fue este mismo trinomio el empleado para componer el marco de sentido desde el cual ahondar en la (re)definición y el (re)ordenamiento de los paisajes y el paisanaje de Lipes de cara a su territorialización y a su integración suprarregional. Más aún, es en estas coincidencias paisajísticas –que efectivamente ayudan a entender la aprehensión de los espacios de Lipez por parte de incas y españoles– donde hemos de buscar las bases etimológicas para la interpretación del topónimo *Lipes*, aunque no tanto de manera directa sino por deformación lingüística de un corónimo previo que los indígenas habían dotado de sentido a partir de juegos metafóricos y metonímicos. Aclararé qué quiero decir con esto.

Si aprehender es conocer algo, capturarlo como propio, tomarlo en la memoria, el acto de nombrarlo nos permite reconocer y distinguir lo aprehendido a partir de sus calidades, diferenciarlo del conjunto y apropiarnos de ello; sólo carece de nombre aquello que es vituperable, o lo que no quiere o no puede calificarse. De este modo, el *topónimo* (nombre propio de lugar)

«tiene una función dentro del sistema de referencias situacionales y forma parte de la competencia comunicativa del hablante. Se crea dentro de una lengua con los mismos recursos fónicos y significativos que cualquier elemento léxico y, después, fosilizado y convertido en elemento identificador, se mantiene como palabra de conocimiento obligado para determinado entorno social» (Terrado 1999: 15).

En este sentido, en la lógica de nombrar propiamente un espacio convergen dos planos, el propio nombre del lugar, que sirve para identificar un espacio geográfico, y el principio sobre el que se asienta su uso; de ahí que todo topónimo resulte finalmente la suma de un significante y un significado.

Sin embargo, en la mayor parte de los casos el círculo de información no se presenta de modo directo, sino cifrado en una suerte de clave (Morala 1986: 50, *cit. in* Terrado 1999: 16 nota 1). Así, para el caso de los parajes naturales, generalmente construimos topónimos a partir de sus cualidades medioambientales. Sin embargo, nombrar un accidente geográfico o geológico a partir de su condición genérica (pampa, monte, laguna, desfiladero, etc.) no parece que contribuya demasiado a su ubicación, salvo en casos de extraordinaria relevancia en su entorno. Sin embargo, cuando a este *corónimo* (nombre común de lugar) se le añade una denominación referencial o relacional anclada en las cualidades geográficas del entorno (de origen natural o antrópico), la cosa

cambia, dando lugar a la forma más común de toponimia en el paisaje: singularizado a partir de sus calidades y atributos, el corónimo se convierte en topónimo (Pampa Grande, Peña Prieta, Miralmar, Río Negro, Quebrada del Cementerio, Alto de la Cruz, o cualquier otro que al lector se le ocurra). Otra opción, frecuentísima en la singularización de esos accidentes geográficos significativos antes aludidos, resulta la imposición de nombres arbitrarios, múltiples por el antojo de particulares y como consecuencia de la diversidad lingüística que pueda existir en un mismo espacio. A partir de la evocación de sus formas y/o de su valoración locacional por parte del ser humano, infinidad de topónimos quedan entonces contruidos a partir de la metáfora y la metonimia; de ahí que muchas veces la paisajística popular confiera a un accidente geográfico un nombre diferente a su topónimo oficial, denominación que puede con el tiempo llegar a reemplazar a la primera por criterios de funcionalidad cartográfica.

Visto así, la cuestión será entonces resolver mediante cuál de estas opciones podemos penetrar el sentido del topónimo *Lipes*. Considerando sus posibilidades etimológicas en quechua y aymara, las coincidencias paisajísticas antes señaladas vuelven a darnos la clave para interpretar cómo *Lipes* habría sido originalmente un corónimo que llega a convertirse en topónimo por efecto de dos metáforas y/o una metonimia.

3. Metáfora I: de la tierra refulgente

Teniendo en cuenta la riqueza mineralógica de los espacios de Lípez, ensalzada tanto en época colonial como durante el período republicano y aun (por más que ya muy desmerecida) en el presente, podría buscarse una conexión simple entre el topónimo *Lipes* y una piedra en particular: la piedra *lipes*, destacada por su abundancia en estas tierras por Álvaro Alonso Barba (1992 [1639, Libro I, cap. VI, p. 13-14]), Cañete (1952: 388 [1797, cap. XII, Noticia 1ª]), Cobo (1964-I: 126-127 [1653, Libro III, cap. XXIV]) o Vázquez de Espinosa (1992: 879 [1630, Libro V, cap. 33, nº 1760]). Sin embargo, que tanto Cobo como Cañete puntualicen «piedra de los Lipes» y «piedra de Lipes» (respectivamente) aclara que no recibe el territorio su nombre por la abundancia de ésta, sino que la misma es llamada de este modo por abundar en un territorio previamente así nombrado. Una piedra que, matiza Cobo, se corresponde con la *copaquira* (< *copaquiri*), que los españoles asimilan al *cardenillo* o *verdete*⁶, y también con la *caparrosa*⁷; caparrosa azul, que es precisamente la que Barba (1992 [1639, Libro I, cap. XX, p. 38]) está llamando «piedra lipis», o «piedra de los Lipas» [sic, Lipes] o «Piedra Lapiz [sic, Lipes], por la Mina que de ella hay en su Provincia» (Barba 1992 [1639, Libro I, cap. VI, p. 13-14]), y que Cañete denomina «piedra de lipes, por el nombre de su provincia».

⁶ Mezcla venenosa de acetatos básicos de cobre, de color verdoso o azulado, que se forma en los objetos de cobre o sus aleaciones.

⁷ Nombre que se da a los diferentes sulfatos hidratados (vitriolos) de cobre (caparrosa azul o bootita, también llamada *copaquira*), de cinc (caparrosa blanca) y de hierro (caparrosa verde –con variedades roja y amarilla ocre– o melanterita), si bien el término se aplica preferentemente hoy a los productos artificiales derivados de éstos y no tanto al mineral en sí.

Queda entonces claro que los indios no denominaban a cualquiera que fuera esta *pie-dra lipes* como tal. Sin embargo, no resulta tan desencaminado considerar que el componente mineralógico jugó una baza importante en la formación del topónimo *Lipes*.

Rastreado su etimología, llama la atención que de entre los cronistas citados, los dos más próximos al mundo de los incas, Betanzos y Garcilaso de la Vega (*vid supra*), se refieran al territorio que nos ocupa por el nombre *Llipi* y no *Lipes*, que bien pudiera haber resultado entonces de la corrupción y deformación española del vocablo indígena. Y de aquí arranca el primero de los juegos metafóricos que voy a analizar.

Tanto en quechua como en aymara, *llipi* alude a los conceptos de brillo y refulgencia, con lo que el topónimo *Lipes* empieza así a adquirir un sentido derivado de su *significatum*⁸: un paraje que, tal vez por abundancia mineral y/o las cualidades de ciertos minerales, refulge. Acudiré entonces a los vocabularios de estas dos lenguas andinas para tratar de afinar esta idea.

Empezando por el aymara, el jesuita Ludovico Bertonio recoge en su *Vocabulario de la lengua aymara* –primer lexicón de esta lengua– una serie de entradas verbales y nominales vinculadas al efecto de brillar o a lo que tiene brillo:

«Lliphikhtatha, llikhutatha, Ppallchakhtatha: Relampaguear.
 Lliphikh llliphikhtatha & c. Alcançarse vn relampago a otro, relampaguear a menudo.
 Lliphititha, Ppallchacata: Reuerberar las cosas lisas, las armas acicaladas, el agua, las estrellas quando centellean & c.
 Lliphiricala, vel Quespicala: Piedra o gema preciosa.
 Lliphilliphi: Yesso espejuelo.
 Lliphilliphi isi; Chulluncaa isi: Ropa de seda, raso, o lana muy delgada, como la delos Caciques.
 Lliphiri isi: Idem»
 (Bertonio 1984 [1612, Segunda parte, p. 204]).

Para el caso del quechua, son más las fuentes disponibles. Empezando por Domingo de Santo Tomás, autor de la primera gramática y el primer vocabulario de esta lengua, la raíz *llipi* queda asociada a lo que brilla, y más concretamente al cristal y las gemas:

«Llipianni. gui. o yllarini. Gui.– luzir. o replandecer como cristal o piedra preciosa.
 Llipacçapa – cosa resplandeciente assi»
 (Santo Tomás 1951: 309 [1560, Segunda parte, f. 146]).

Siguiendo un orden cronológico, también el autor anónimo del lexicón y la gramática quechua de 1586 anota diferentes nombres y verbos relacionados con lo brillante o el efecto de brillar:

«Llipi: lustre de cualquier cosa.
 Llipini: tener lustre así, o relumbrar.
 Llipini, llipichini: dar lustre alguna cosa o acicalar.

⁸ En tanto que elemento léxico codificado, todo topónimo consta de un *designatum* y un *significatum*. El primero corresponde al tipo de lugar que identifica el topónimo, proveniente de una codificación de acuerdo con la ciencia geográfica; el segundo representa el valor del elemento léxico utilizado para la creación del topónimo, respondiendo por ello a una codificación según la semántica (Terrado 1999: 68, 70-71). Pensemos, por ejemplo, en un topónimo como pueda ser «La Pineda»: de acuerdo con lo señalado, su *designatum* podría ser el nombre de una población, mientras que su *significatum* alude en cualquier caso a una arboleda de pinos.

Llipian: resplandecer, o relampaguear.
 Llipiac: cosa resplandeciente, o relampago.
 Llipiani: resplandecer mucho, o relampaguear.
 Llipic pacha: ropa resplandeciente.
 Llipic: cualquier genero de seda, raso, terciopelo, etc.»
 (Anónimo 1951 [1586]: 55, *cit. in* Martínez 1995: 48).

Comenzando el siglo XVII, el jesuita Diego González Holguín recopila también una serie de atributivos, nombres y verbos relacionados con esta cualidad, incluyendo, como el anterior o como Bertonio, el brillo de los tejidos de calidad:

«Llippiyani llipipini. Tener lustre o relumbrar estar como flamante y no ahajado ni maltratado.
 Llipiyak o llipipik, o llipikllipik. Cosa nueva o que tiene su lustre y flor y verdor de la fruta y vestido no ahajado y cosas de seda, oro y plata, o lo que está bien tratado, limpio aseado bien doblado y lo que agrada y parece bien.
 Llippichini. Acicalar pauonar.
 Llipipipini. Resplandecer o relucir cosas lisas como espejo espada.
 Llipiyan. Resplandecer relámpagos, o lo que echa luz assi.
 Llipipin pacha. Estar el cielo raso sereno o descombrado.
 Llipiyak Cosa que da replandor o relumbra assi o tiene lustre.
 Llipipic ppacha. Ropa de sedas o de cumbi⁹, o de lustre, o nueva no gastada ni ahajada.
 Llipipik cama o llipiyakcama purik. La persona que anda vestido con sedas con oro o plata o de nuevo lustre o de galas.
 Llipiyakppulluppullu. Terciopelo.
 Llipinmi cay iglesia ccorichuanchollque huan llipipipic ppachaun. La iglesia esta muy galanamente adereçada muy luzida.
 Llipiyan o llipipimun ñuquiyacachac ccaripas huarmipas. Hombres y mujeres yuan roçagantes y con muy luzidos vestidos todos galanes»
 (González Holguín 1989 [1608]: 213, 214).

El arte y vocabulario de quechua compuesto originalmente por el jesuita Gonzalo Torres Rubio (en 1619), ampliado poco después por el también jesuita Juan de Figueredo, y publicado nuevamente mediando el siglo XVIII con añadidos de un tercer religioso anónimo de la Compañía, recoge dos nombres y un verbo que vinculan la raíz *llipi* al brillo:

«Llipipini – Resplandecer.
 Llipic – Cosa que resplandece.
 Llipian – Resplandecer, ò relampaguear»
 (Torres Rubio, Figueredo y anónimo 1754: 88v, 220v).

También el quechua actual de distintas áreas geográficas mantiene en la raíz *llipi* este valor relacionado con el brillo y el titileo de los cuerpos, como recoge J. Lira en su *Diccionario kkechuwa-español*:

«LLÍPIH, *m.* Parpadeo, movimiento instantáneo del párpado.

⁹ *Cumbi* o *cumpi*: tejido de gran calidad, generalmente reservado a las elites, por oposición al *tejido de abasca*, de baja calidad, tosco y barato.

LLÍPIHYAKK, *s. y adj.* Que parpadea o se mueve de forma instantánea. *V.* Chipíyakk.
 LLÍPIHYAY, *v. n.* Parpadear, mover o hacer titilar los párpados. Titilar una luz.
 LLIPIPIPI, *f.* Titilación, acción de titilar.
 LLIPIPIPICHIKK, *adj.* Que hace titilar. Que deja centellear.
 LLIPIPIPICHIIY, *v. a.* Hacer titilar. Dejar centellear una luz.
 LLIPIPIPICHIIY, *v. n.* Hacer centellear. Dejar titilar o bailar una luz. *Íma sumákkta ma-kikípi cháy umiñáta llipipichinki:* Cuán hermosamente hace centellear en tu mano esa preciosa piedra.
 LLIPIPIPIKKK, *adj.* Titilante, tembloroso. *Lipipíikk k'anchay:* Luz titilante.
 LLIPIPIPIY, *s. y v. n.* Movimiento tembloroso o centelleante. Titilar, moverse con ligero temblor, centellear un cuerpo luminoso, relucir temblorosamente.
 LLIPIPIPIYAY y mejor LLIPIPIHYAY, *v. n.* Comenzar a centellear temblorosamente un cuerpo luminoso, moverse viva o rápidamente una cosa que alumbra.
 LLIPIPIPIYKACHAY, *v. n.* Mostrarse muy tembloroso un cuerpo que centellea.
 LLIPIPIPIYKUY, *v. n.* Despedir vivos rayos de suma brillantez, titilar muy vivamente» (Lira 1944: 588).

Considerando la idea de brillante en su acepción de limpio y despejado, Francisco Carranza recoge en su *Diccionario quechua ancashino-castellano*:

«Llipi, *s.* Brillo, resplandor. → chipakya
 Chipakya, *adj.* Brillante, limpio, despejado»
 (Carranza 2003:116, 53 respectivamente)

Por último, Joaquín Herrero y Federico Sánchez de Lozada insisten en su *Diccionario de Quechua* en la idea de aquello que brilla bien por sí mismo, por haber sido lustrado o por reflejar la luz de otro cuerpo:

«LLIPHICHIIY. Dejar algo resplandeciente y brillante, sacar brillo, hacer brillar.
 LLIPHIIPIJ. Que refleja la luz que recibe de otro cuerpo luminoso, con intermitencias.
 LLIPHIIPIPARICHIKAPUY. Limpiar hasta dejarlo sumamente resplandeciente o brillante algo propio, algo que está a su cargo de uno en razón de su empleo o función, que se le ha regalado o de lo que se ha apropiado indebidamente.
 LLIPHIIPIY. Resplandecer, despedir rayos de luz como las estrellas, diamantes o su equivalente. Brillar, resplandecer»
 (Herrero y Sánchez 1983: 195).

En función de lo hasta aquí señalado, el topónimo *Llipi* < *Lipes* devendría de la abstracción y síntesis de las notas características de un lugar, y de la valoración del mismo y/o de sus cualidades por parte de quienes lo nombraran. Así, paisajísticamente cabría pensar este topónimo en relación con unos parajes que brillan o refulgen, más que por sí solos, por reflejar la luz del sol. En este sentido, el porqué de que pueda entonces brillar la tierra es algo que remite, de un modo u otro, a su naturaleza geológica. Sin embargo, no hay que perder de vista que la superficie terrestre puede brillar por distintos motivos, condiciones que nos llevarán a valorar un terreno positiva o negativamente. Vayamos por partes.

Considerando la riqueza mineralógica registrada por distintos autores coloniales en diferentes momentos, podría interpretarse que *Lipes* refulge porque minerales y sales titilan al reflejar los rayos solares. Esto llevaría a cavilar que tal era esta riqueza que el mineral aparecía incluso en superficie. A llegar a esta conclusión ayudan los datos

aportados para las minas de San Cristóbal [de Achocalla]¹⁰ por Alcedo y Herrera (1967-II: 316 [1786-89]) y por Juan y Ulloa (1990-II: 179 [1748, II parte, Libro I, cap. XIII, n° 345]), quienes señalan –respectivamente– que, por la abundancia y superficialidad del mineral de plata, podrían explotarse igual a cielo abierto que cortando directamente la tierra con cincel. A tenor de esta abundancia de plata a escasa profundidad, Barba (1992 [1639, Libro I, cap. XXIII, p. 43]) registra el dato de unas minas próximas a éstas de San Cristóbal por aparecer corpas de mineral enredadas entre las raíces de las matas de tola que arrancaban los indios para usar como leña¹¹. De igual manera, y aun con siglo y medio de diferencia, Barba (1992 [1639, Libro I, cap. XIX, p. 36]) y Cañete (1952: 388 [1797, cap. XII, Noticia 1ª]) dan cuenta de que la superficialidad y el contenido de azufre del rosicler del cerro de Santa Isabel del Nuevo Potosí (Sur Lipez) se funde simplemente al calor de las velas¹².

Por ser tan diversa esta riqueza mineral, cabría pensar que no sólo los metales preciosos brillarían por efecto de la luz solar, sino también todas esas otras sales y piedras semipreciosas referidas por los cronistas. De esta manera, esta cualidad de brillo de la que aparentemente se deriva el topónimo Lipes correspondería al conjunto de esos yermos páramos igualmente descritos por estos mismos autores. Una idea ésta que me lleva nuevamente sobre la caracterización que Betanzos (1987: 164 [1551, cap. XXXVI]) hace de Lipes como tierra «de muchos colores»: a renglón seguido de señalar que llegó Tupac Inca Yupanqui «a una provincia que llaman Llipi», habitada por gente pobre de comidas y mantenimientos y muy ruin, matiza que «lo que estos tenían eran minas de muchos colores muy finas para pintar y de todos aquellos colores que nosotros tenemos [... y...] a estos [indios] mandó que le tributasen de aquellos colores».

A partir de este dato, y amparándose en su calidad de «muy finas para pintar», M. E. Gentile (1991-92: 100-101) interpreta «minas de colores» como «tierras de colores», esto es, barro o arcillas para la alfarería. Dado que según Betanzos los incas fijaron el tributo a los indios de Lipes sobre este producto, y considerando que la gran mayoría de estilos cerámicos regionales durante el Período Inca sólo manejaron los colores negro, rojo y blanco –sin hacer entonces gala de esta abundancia de «colores» presentada por el cronista–, esta autora se plantea si fue acaso que los incas monopolizaron la aplicación de policromía a la alfarería; en función de ello, y por así decirlo, la elite cuzqueña se apropiaba de estos barro multicolores y encasillaba a los grupos locales en el llamado «Horizonte Tricolor», tan característico de la cerámica de la Puna Salada y la frontera meridional del Tawantinsuyu¹³. (Hipótesis que no voy a en-

¹⁰ En Sur Lipez, fueron por su riqueza argentífera estas minas de San Cristóbal unas de las más referidas en las fuentes coloniales, y son en la actualidad uno de los escasos centros mineros que ha sobrevivido a las distintas crisis del mineral en Lipez, manteniéndose en la actualidad su explotación activa y con un rendimiento muy por encima de las de su entorno.

¹¹ Junto con la queñua (*Polylepis tarapacana*), la tola (*Lepidophyllum quadrangulare*) puede ser considerada como uno de los pocos «árboles» andinos, destacando la madera de ambos arbustos leñosos por su dureza, su lenta combustión y su alto poder calorífico.

¹² Recuerda esta anécdota al descubrimiento en 1545 de las riquezas argentíferas del Cerro Rico de Potosí: buscando sus ganados perdidos, el indio Diego Wallpa se vio obligado a pernoctar en el cerro, encendiendo una fogata para abrigarse durante la noche; al despertar, contempló asombrado cómo el calor del fuego había derretido la tierra originando reguerillos de plata que corrían por el suelo.

¹³ Para una visión panorámica de la alfarería en la imposición de tributos y/o el establecimiento de colonias

trar aquí a discutir, y que prefiero dejar a criterio de quienes realmente tienen datos que aportar al respecto: los arqueólogos).

Lo significativo resulta que también los españoles impusieron a los indios de Lipes un tributo «en colores»: cada seis meses, «30 bolsillas de limpi, del tamaño que las soleis dar», según se señala en la Tasa ejecutada por fray Gerónimo de Loaysa, Fernando de Santillán y fray Domingo de Santo Tomás en 1550 (f.56) sobre los indios repartidos a Hernán Núñez de Segura y Francisco de Tapia. *Limpi, llimpi o llimppi*, que González Holguín (1989 [1608]: 213) traduce en general como aquellos lacres utilizados en pintura, especialmente a los empleados en la decoración de vasos kero, y que más concretamente identifica con el color bermellón. En este sentido, y aún ignorando su tamaño específico, parece más lógico interpretar las «bolsillas de limpi» a tributar en momentos tempranos de la Colonia como unidades de medida de pigmentos (¿en polvo o en mineral en bruto?) y no tanto de arcillas para la alfarería, tal y como hace Gentile; más aún, la acotación «del tamaño que las soleis dar» pareciera apuntar que el tributo impuesto por los españoles mantuvo estándares prehispánicos. Por otra parte, ha de tenerse en cuenta que las arcillas no suelen brillar (salvo aquellas con altos porcentajes de sílice), de manera que resulta complicado aplicarles esas cualidades de lustre, brillo o refulgencia antes contenidas en los significados de *llipi*.

Al margen de esta cuestión, y por no enredarme en discusiones que me alejen del objetivo de estas páginas, tampoco es que las punas de Lipes –al menos a ojos de un visitante no habituado a los colores del altiplano– destaquen especialmente por su cromatismo, salvo en el desierto y las pampas de Siloli o en el Valle de las Rocas, en Sur Lipez, donde sí resulta especialmente marcado. En este sentido prefiero entender la referencia de Betanzos a los «muchos colores» presentes en Lipes en términos de riqueza mineral, tal y como hace Barba y según parece ser la tónica en las clasificaciones mineralógicas de la época. Así, matizando que no existen reglas infalibles, Barba (1992 [1639, Libro I., cap. XXIV, pp. 44-45]) señala que el color de los cerros resulta indicativo de su riqueza mineral para alguien experimentado. Por este motivo, en su *Arte de los metales* se refiere a los distintos minerales en términos cromáticos, utilizando los matices de color como indicativo de su pureza y finura, valores a los que liga características de su naturaleza, tanto por sus propiedades mineralógicas como por su valor en metalografía¹⁴. Por consiguiente, la caracterización de Lipes como tierra de muchos colores no haría sino insistir en su enorme riqueza mineral, la misma que efectivamente llamó la atención de todos los autores que durante los tres siglos de Colonia escribieron sobre Lipes, y que da una idea clara del protagonismo que la actividad minera jugó en su construcción regional. Y volviendo sobre lo ya expresado, los cerros de colores en función de sus minerales, sí podrían brillar¹⁵.

de mitmaqunas en el Tawantinsuyu meridional, remito al lector interesado al trabajo de A. M^a Lorandi (1983). Pese a estar centrado específicamente en el Noroeste Argentino, y aún cuando se impone la necesidad de actualizar datos en función de hallazgos arqueológicos más recientes, estimo que plantea un modelo teórico-metodológico y una hipótesis interpretativa aún válidos y extrapolables a otras regiones.

¹⁴ Manera ésta ordinaria de describir los minerales en su *Arte de los metales* (1992 [1639]), lo cierto es que Barba insistirá en el referente cromático a partir del capítulo XXXV del Libro I, que concluye con una detallada relación de minerales ordenados según su color.

¹⁵ Además, regresando al texto de Betanzos, la idea de que el Inca impusiera a las gentes de Lipes un tributo «en colores», entendidos éstos como minerales, pareciera estar más en consonancia con las hipótesis del esta-

Ahora bien, ¿el hecho de que una superficie brille es condición sine qua non de su riqueza, o hasta los materiales más burdos pueden brillar por efecto del bruñido? Basta con revisar las listas de vocablos anteriores para darse cuenta de que la idea de brillar o relucir contenida en la raíz *llipi* también remite a las acciones de limpiar, bruñir, sacar brillo o lustrar hasta dejar algo resplandeciente. Así, tal y como apunta Martínez (1995: 47-50), no es lo mismo que un cuerpo brille por sí mismo a que lo haga porque refleja la luz que recibe, y en este sentido tanto pueden centellear el relámpago, los ricos ropajes o las tierras ricas en minerales y colores, como aquello vacío, pelado y mondo, que resulta ser la otra acepción que en quechua tiene la raíz *llipi*. (Con todos mis respetos, siempre se ha dicho «brillar como una calva», siendo ésta una superficie vacía y pelada).

Sin embargo, no quisiera pasar a considerar la metáfora de Lipes como tierra yerma sin antes puntualizar que en sus salobres —exponente arquetípico de la aspereza de sus punas según los autores coloniales— también pueden contenerse esa idea del brillo hasta aquí discutida. Así, atendiendo a su hidrografía, Capoche señala:

«Tiene grandes ríos que bajan de las sierras y en llegando a los llanos se tornan las aguas saladas; y en invierno son los llanos unas marismas por cubrirse de agua, y algunas sierras con pueblos quedan hechas islas, cercadas de agua por estar asentadas en lo llano, aunque no está hondo. En el verano se enjugan estas aguas y se descubre la tierra, que queda hecha un salitral; y con los rayos del sol hace una reverberación en lo blanco muy perjudicial para los ojos.» (Capoche 1959: 127-128 [1585, fs. 43v-44v]).

De este modo, el topónimo Lipes pudiera aludir igualmente a un terreno salpicado de salitres que reverberan por efecto del sol, convirtiendo la tierra en un espejo, que es precisamente a lo que remiten los vocablos *llipipipini* (González Holguín 1989 [1608]: 213) y *lliphipij* (Herrero y Sánchez 1983: 195) antes registrados. Cualquiera que haya visitado unas salinas o cruzado un salar podrá corroborar este hecho, y cualquiera que entienda de campo sabrá que no hay tierra más baldía que aquella sembrada de sal. Sin embargo, los salares también brillan y la sal, tanto o más que los metales, también es fuente de riqueza, por más que de otra naturaleza.

4. Metáfora II: de la tierra yerma

Según lo recién señalado, no en aymara pero sí en quechua, la raíz *llipi* cuenta con otro significado que nos sitúa sobre la construcción de Lipes como un paisaje yermo de ásperas punas, y que tiene que ver con lo despojado, vacío o pelado. Así lo recoge el vocabulario de González Holguín:

«Llipicuni, o llipirccuni, o llipircarini. Estar vazio desocupado pelado de todo. [= estar pobre]
Llippichini, o llippichirccuni, o llippichicarini. Pelar, dexar mondo de todo. [= vaciar]

blecimiento en Nor Lipez de colonias de mitmaqunas dedicadas a la extracción de sal o de metales (v.gr. Arellano 2000: 244, 247-248; Nielsen: 1997: 285-287).

Llipinmi cayllactamanta runa, o llipillan mirin. Todos los indios deste pueblo se han huydo y le dexan limpio de gente. [= vaciar]
 Chuncak maciy llipichircuhan. El que jugo conmigo me dexo mondo y limpio de todo. [= pobre, sin recursos]
 Llipicukllacak. Lo vazio o desembaraçado.
 Llipikpim tiyani o cani o llipk huacipi. Estoy pobrísimo despojado sin alhajas.
 Micuytan llipichini. Ya he consumido las comidas y el sustento. [= quedar pobre, sin recursos]
 Llipichini auccacunacta. Asolar, acabar consumir los enemigos.
 Llipichini. Despojar, saquear.
 Llipiymamani o llipicllancani. Estar despojado, pelado mondo del todo. [= estar pobre, sin recursos]
 Llipicun. Acabarse, consumir. [= vaciar]»
 (González Holguín 1989 [1608]: 213, 214).

En este sentido, el topónimo *Llipi* < *Lipes* vendría a remitir más bien a una construcción paisajística caracterizada por una tierra vacía, asolada, pobre, desocupada y consumida, apreciaciones todas ellas consideradas por los autores coloniales que atendieron a su corografía (*vid supra*); una imagen en consonancia con la idea que el «pensamiento andino» tiene de ese espacio-tiempo salvaje en los albores de la civilización que es el *purun* o *puruma*, un tiempo de tinieblas y un espacio deshabitado, baldío, agreste, salvaje.

De acuerdo con la tradición quechua de una (mito)historia andina dividida en cuatro edades de muy distinto signo, Felipe Guaman Poma de Ayala (1987: 54-58 [1615, fs. 57-62]) caracteriza el *Purun Runa* o Tercera Edad de Indios como un período en el que los naturales comienzan a vivir en gobierno y policía, empiezan a confeccionar ropa tejida y a levantar casas de paredes de piedra y techos de paja, obedecen a reyes y capitanes, respetan los Diez Mandamientos que Dios entregó a Moisés —aún sin haberles sido revelados directamente a ellos—, convierten pedregales en sementeras, cavan acequias, labran los campos y crían ganados, y empiezan a proliferar los ejércitos¹⁶. Una bonanza, sin embargo, que se vería cortada por el desastre:

«Dizen que una ues con una pistolencia se murieron muy mucha gente y says meses comieron los cóndores, buytris a esta gente y no lo pudían acauar todo los buytris deste rreyno. Que acá lo cuenta.

Que en todo este rreyno salieron de muchas maneras de castas y languages de yndios; es por la causa de la tierra porque está tan doblado y quebradas, torcieron las palabras y ancí ay muchos trages y ay llo» (Poma de Ayala 1987: 57 [1615, f. 61]).

Considerando esta idea, y partiendo de la raíz *purum*, González Holguín (1989 [1608]: 297) recoge los términos de *purum llacta*: «pueblo arruynado despoblado», y *purumyachini*: «despoblar pueblos arruinarlos, desampararlos», igual que J. Lira (1944: 774) apunta el término *purumáchi*: «despoblar, convertir en desierto». Unos

¹⁶ En principio, nada que ver esta imagen del *Purun Runa* quechua con la idea aymara del *Puruma Pacha*, caracterizado por la oscuridad, el salvajismo y poblado por cazadores-pescadores-recolectores de altura (Harris y Bouysse-Cassagne 1988: 230-237); elementos diagnósticos que, por otra parte, Guaman Poma adscribe al *Wari Runa* o Segunda Edad de Indios.

conceptos de ruina y despoblamiento que encajan perfectamente con esa imagen de Lipes como tierra pobre y mal poblada, habitada por gentes pobres y ruines, que compusieron distintos cronistas de fines del siglo XVI y primer tercio del XVII.

Sin entrar en mayor detalle sobre esta materia, valga decir que esta construcción de Lipes se encuentra en clara consonancia con eso que Martínez (1995) ha definido como «mirada cuzqueña sobre la puna salada», y que tiene que ver con la visión inca del *otro* de los confines del Tawantinsuyu –y por ende, de la Civilización–, así como con la valoración misma de este limes y sus pobladores (Szemisnki 2003: 535, 547-548). Es por eso que, en cuanto que bárbaras, las gentes de Lipes fueron descritas por Betanzos (1987 [1551]) y por Garcilaso de la Vega (1995 [1609]) como «gente muy ruin», «gente valiente y belicosa», «naciones bárbaras e indómitas», «enemigos belicosos» o salvajes que, una vez incorporados al Incario, «se fuesen domesticando y cultivando poco a poco»; al mismo tiempo que hablaron de Lipes en esos términos indicados de «mala tierra», «tierra estéril de agua y comidas», tierra «pobre en comidas», «tierra rasa y sin montes», tierra «mal poblada», «provincia belicosa» (*vid supra*).

No quisiera enredarme aquí en estos vericuetos de la representación inca de Lipes como un espacio-tiempo en los albores de la Civilización, algo a lo que, por otra parte, ya he dedicado un análisis detallado en otro lugar (Gil 2005b). Sin embargo sí me gustaría dejar constancia de cómo en la composición de los paisajes y el paisanaje de Lipes, tuvo mucho que ver un juego de miradas afectivas y componentes simbólicos que terminaron por definir un topónimo que encerrase los conceptos de bárbaro y salvaje matizados desde los estereotipos de la belicosidad, la pobreza y la ruindad, componiendo así una imagen espacial de Lipes como tierra yerma e inhóspita habitada por indios bárbaros e indómitos; una imagen compuesta originariamente por los incas y mantenida y reformulada por los españoles durante la Colonia.

5. Metonimia de un arte cinegética

Hasta aquí las metáforas, que nombran los paisajes de Lipes a partir de las calidades y cualidades del entorno físico y/o de valoraciones éticas y civilizatorias proyectadas sobre las márgenes del imperio Inca y sus gentes. Pero también se puede penetrar el *significatum* de este topónimo desde la metonimia, dando una vuelta más de tuerca al propio concepto de *paisaje*.

Señalé al principio de estas páginas que el paisaje constituye la construcción sociocultural de un espacio percibido y representado, compuesto así a partir de imágenes, emociones y símbolos; unos símbolos que se expresan y hacen efectivos por el uso que los distintos agentes sociales hacen de dicho espacio construido. Desde esta perspectiva, T. Ingold (1992: 44) determina que el *entorno* (*espacio físico*) resulta una «realidad de», un mundo físico de objetos neutros, mientras que el *paisaje* constituye una «realidad para», un mundo sociocultural construido desde la cognición humana y definido por la actividad de quienes lo habitan. A partir de esta premisa, y por medio del juego de palabras, Ingold (1993: 158-161) convierte el *landscape* (paisaje) en *taskscape* («escenario de faenas/trabajos»), incorporando al concepto las ideas de movi-

miento en el tiempo social y de manipulación del entorno que dan lugar a los paisajes¹⁷. Con esta idea, nos ofrece la opción de abandonar la eterna oposición entre Naturaleza y Cultura, en tanto que es sólo lo cultural lo que hace posible que lo natural cobre un sentido concreto a través de la composición paisajística.

Será entonces a partir de esta idea del *taskscape* como argumente la interpretación del topónimo Lipes a partir de la metonimia de un arte cinegética, haciéndolo derivar etimológicamente no de *llipi*, sino de *lipi*, raíz que en aymara remite a una técnica particular de capturar vicuñas.

Por todos es sabido que de entre los auquénidos sudamericanos es la vicuña el que posee la mejor y más preciada lana (en realidad, pelo). Dada su condición de animal silvestre y su escasez, tradicionalmente fueron capturadas, esquiladas y vueltas a soltar, lo que permite explotar el recurso de manera sostenible. Cobo describe la técnica de captura de las vicuñas del siguiente modo:

«Es animal tan tímido como se verá por el modo en que lo cazan los indios, que es éste: cuando van a caza de vicuñas, hacen un gran corral en parte por donde ellas suelen pasar, y luego espantándolas por todas partes, las van encerrando en él; y las paredes y cercas no es otra que con hilo o cuerda que ponen sobre estacas de dos pies de alto hincadas a trechos en la tierra; con el cual hilo así dispuesto cercan una gran llanada, dejándole abierta puerta por donde entren. Cuelgan deste hilo muchos flecos o vedijas de lana, que se andan meneando con el aire, de las cuales se espantan de tal manera las vicuñas después de encerradas en esta cerca, que no osan salir por ella, sino que andan alrededor del hilo dando muchas vueltas, buscando la puerta; en la cual les arman los indios lazos en que, al salir, caigan. Verdad es que si dentro de la cerca les echan un perro, en tal caso, venciendo el mayor temor al vano espanto que les causa el espantajo de las vedijas de lana, se huyen saltando por la débil cerca o rompiéndola. *A este modo de cazar llaman lipi los indios*» (Cobo 1964-I: 368 [1653, Libro X, cap. LVIII], énfasis mío).

Juan del Pino Manrique describe esta misma técnica a fines del siglo XVIII, aunque le da el nombre de «libeo». Sobre el ejercicio de captura y esquileo de las vicuñas señala:

«Ocúpanse en él cuatro o cinco días, mientras tienden las redes y lazos para aprenderlas, y las arrean para aquel paraje por los empinados cerros en que comúnmente viven, y a cuya operación llaman *libeo*: no sacan de este modo de cogerlas tanta utilidad, ni les es tan fácil su caza, como con los perros que crían para ella con sumo cuidado y aprecio, pues si en el cerco que forman para dicho libeo, entra por casualidad algún guanaco, que de ordinario andan juntos con las vicuñas, rompen los lazos y escapan de manos de los cazadores, después de un inútil y penoso trabajo» (Pino Manrique 1971 [1787]: 39).

¹⁷ Sería tal vez conveniente matizar el campo semántico del término *landscape*, que en su traducción al castellano queda reducido a «paisaje», pero que en inglés incluye entre sus acepciones no sólo el medio natural sino también las actividades agropecuarias e industriales en él desarrolladas, así como la implantación del hábitat, un concepto que desde la tradición geográfica norteamericana se acentúa aún más al incluir todos los aspectos relacionados con la percepción. Por su parte, la traducción del juego de palabras que incorpora el concepto de *taskscape* resulta mucho más compleja; muy libremente lo he traducido como «escenario de faenas/trabajos», pero estoy seguro de que ello disminuye el valor semántico de la idea original, por lo que he preferido mantener el vocablo en inglés.

Lipes podría estar así derivando metonímicamente de esta técnica de captura de vicuñas, aunque en realidad en ésta opera a su vez otra metonimia: hablando con propiedad, y según el lexicon de Bertonio, *lipi* es la sogla empleada al efecto y no el arte cinegética, aunque en el vocablo que hace referencia a ésta aparece la misma raíz:

«Lipi: Soga con que rodean el ganado, o las vicuñas para que no se huyan, por miedo de vnos fluecos de lana q' cuelgan dela sogla y se menean con el ayre.

Lipitha: Rodear con esta sogla.

Lipiquipatha: Idem mas propio»

(Bertonio 1984 [1612, Segunda parte, p. 195]).

Al considerar entonces *Lipi* < *Lipes* se plantea un dilema: ¿originalmente, el topónimo Lipes sirvió para identificar aquellos parajes donde los indios acudían a cazar vicuñas según esta técnica, o eran los indios empleados en esta faena quienes recibieron el nombre de lipes; nombre que, según la idea del bárbaro/salvaje esbozada en el epígrafe anterior, remitiría a unos indios cazadores y por tanto pobres y ruines? Por un lado podría pensarse que *Lipes* son las tierras donde habitan *los lipes*, unos indios que cazan vicuñas por la técnica del *lipi*. En consecuencia, el topónimo se formaría a partir una acción humana sobre el entorno, algo que —como las acciones de la flora y la fauna sobre un lugar concreto— transforma el espacio y lo dota de territorialidad, que convierte el espacio definido por dicho topónimo en pieza clave del ordenamiento territorial y los manejos espaciales en función de los modos de vida de sus habitantes. Pero también podría ser que *Lipes* estuviera actuando, aún sin serlo realmente, como corónimo más que como topónimo: aquellos espacios que por idoneidad de su topografía resultan más propicios para instalar esas sogas o *lipi* para cazar vicuñas. En cualquier caso, esta segunda opción no resulta incompatible con el hecho de que aquellos indios que emplean la técnica del *lipi* puedan ser llamados *los lipes*, siendo *Lipes*, por ende, el conjunto de sus territorios de caza o sobre los que se asientan.

Sin perder de vista la metonimia que nos acerca al *taskscape*, Martínez (1995: 48-49) plantea que la formación del topónimo Lipes a partir de la referida técnica cinegética sirvió desde la óptica inca para construir una oposición entre cazadores-recolectores y agricultores-pastores, con todos los valores simbólicos que cada modo de vida conlleva en términos civilizatorios. Él no lo apunta, pero desde esta perspectiva me parece que el uso del etnónimo *lipes* vendría a estar implicando unos valores despectivos muy similares a la acepción de *uru* como salvaje/bárbaro, cazador-recolector-pescador, pobre y ruin. En consecuencia, los lipes no serían estrictamente los indios de Lipes, sino los salvajes (en genérico) de la puna que cazan vicuñas (animal silvestre) con sogas, y que además malviven en tierras yermas y salobres.

6. Consideraciones finales

Abrí estas páginas señalando que no se puede contemplar un paisaje sin antes componerlo, y que en tal ejercicio pesan profundamente las emociones, los símbolos y las ideologías que ese agente social componedor proyecta sobre los elementos geográficos

(entorno) que sirven de base espacial a todo paisaje. Esto es lo que permite que sobre un mismo entorno puedan componerse diferentes paisajes y proyectarse distintas territorialidades, dependiendo del modo en que ese espacio básico resulte aprehendido y construido, algo en lo que influirá la racionalidad cultural de los agentes, sus circunstancias y las contingencias de su momento histórico.

Consecuencia de estas premisas iniciales, la interpretación toponímica puede resultar tanto más compleja cuanto más antiguo sea el topónimo, más deformado por los cambios lingüísticos nos llegue, menos detallados resulten los datos históricos vinculados a él, o más dispares surjan sus posibles etimologías. Y eso es lo que ocurre con el topónimo *Lipes*, para cuya interpretación es necesario recurrir a juegos metafóricos y metonímicos que, etimológicamente, remiten de modo ambiguo a una tierra refulgente, una tierra yerma y un arte cinegética.

En este sentido, las dos primeras opciones encuentran su base en el contraste entre la geografía del Altiplano de Lipez y las descripciones corográficas de Lipes hechas por distintos autores a lo largo de la Colonia. La aspereza de los páramos y punas de Lipez y la abundancia de salitrales aportan las bases para empezar a interpretar las causas por las cuales los paisajes de Lipes pudieran brillar, aunque al mismo tiempo posibilitan la paradoja de que brillen o por ser mineralógicamente ricos o por ser desolados y pelados.

Lipes > *Llipi* remite entonces, tanto en quechua como en aymara, a lo que brilla, centellea o refulge, y evoca los efectos de reverberación de la luz solar generados por los distintos salares y lagunas salobres dispersos por el Altiplano de Lipez; asimismo, contribuye a generar una representación paisajística de tierras ricas que se ampara en esa abundancia de metales, sales y piedras semipreciosas enfatizada por diferentes autores de los siglos XVI-XVIII. Pero al mismo tiempo, *llipi* contiene en quechua la idea de algo vacío, pobre, despojado, que apela a esa otra idea igualmente enfatizada por estos mismos autores, la de una tierra mala y mal poblada, pobre e inhabitable. Dos opciones etimológicas cuyo sentido y trascendencia, lejos de ser antagónicos, pueden resultar complementarias al considerarse desde la filosofía aristotélica sobre la materia y los elementos y desde la ciencia alquímica de la que estaban bebiendo parte de tales autores¹⁸. Desde esta perspectiva, valga señalar que los españoles supieron pronto sobreponerse a los rigores medioambientales del altiplano y la puna – por más que a más altura y aridez toparan con mayores inconvenientes a efectos de consolidar un poblamiento estable –, encontrando además muy pronto un poderoso motor para el vencimiento de estos rigores máximos: las riquezas minerales por explotar. Una abundancia mineralógica para cuya abundancia en estos páramos habría una clara explicación teológica: durante la Creación, Dios compensó la esterilidad de la puna, tan poco apta para la agricultura y casi para el asentamiento, con abundancia de plata y otros metales preciosos en los cerros, y de azogue, estaño y plomo en los

¹⁸ La alquimia se encuentra hoy denostada al rango de una ciencia oculta, un pensamiento experimental y a la vez místico que estudia la pasión, matrimonio y muerte de las sustancias, y aspira a lograr la transmutación de la materia (la Piedra Filosofal) y de la vida humana (el Elixir de la Vida). Sin embargo, así como la ciencia actual discurre por los paradigmas del racionalismo moderno (para algunos, postmoderno y agrietado), los saberes alquímicos constituyeron el pensamiento conceptual de la ciencia medieval y renacentista, de ahí que sobre este particular proponga tenerlos en cuenta.

páramos; un planteamiento general (Acosta 1987: 221 [1590, Libro IV, cap. III]; Barba 1992 [1639, Libro II, cap. I, p. 68]), que algunos incluso no dudaron en particularizar para las yermas y a la vez ricas tierras de Lipes (Cobo 1964-I: 76 [1653, Lib. II, cap. X]), y sobre lo que actualmente estoy preparando un nuevo trabajo.

Por otra parte, la combinación de diferentes acepciones de la raíz quechua *llipi* y de la raíz aymara *lipi* permite una interpretación del topónimo *Lipes* bien distinta de la anterior. Apelando a la idea «andina» del bárbaro y lo salvaje, esta etimología compartida evoca representaciones paisajísticas de una tierra mala y mal poblada, pobre e inhabitable, salvaje, habitada por un paisanaje igualmente pobre y ruin, que subsiste de una agricultura precaria combinada con caza-pesca-recolección, gentes bárbaras, indómitas, belicosas y enemigas de los incas; un estereotipo al que los españoles añadirán más tarde valores tan denostados como la mentira y la impostura para terminar de componer la imagen de unos indios desacatados. Unas gentes salvajes que capturan vicuñas (animales silvestres) según un arte cinegética particular, de donde *Lipes* > *Lipi* podría remitir o a los territorios de caza de estas gentes, o a los parajes más adecuados para instalar los aparejos de este arte, o a un tipo de indios concreto, deviniendo entonces el topónimo del nombre tal vez empleado para identificar a estas gentes, y no de un corónimo, como sucede en todas las opciones anteriores. Ahora bien, combinando supuestas etimologías, atendiendo al medio natural y entregándome al retruécano, resulta que esas mismas vicuñas cazadas con sogas (*lipi*) fijan su hábitat en yermas punas resplandecientes (*llipi*). Es por ello que una cinta de Moebius me resulta el mejor arrimo a la hora de definir Lipes como un paisaje de paisajes.

Si la construcción espacial tiene que ver con la búsqueda de un lugar-en-el-mundo por parte de los actores sociales, no sería de extrañar que cada uno de los espacios del Altiplano de Lipez hubiera tenido para sus habitantes un nombre propio, mientras que desde fuera se construían *otros* paisajes a partir de los rasgos considerados como más distintivos de aquel entorno y sus moradores. Por razones históricas, la versión que nos ha llegado a través de la Colonia ha sido la inca, pero también sus vecinos más cercanos hubieran podido referirse a los paisajes y al paisanaje de Lipes empleando términos propios, aunque esto es algo difícil de contrastar y que exigiría unos prolijos estudios de toponimia histórica en su entorno regional. Alcanzar a descubrir esta toponimia original o autóctona podría sin duda resultar muy interesante, y ayudaría a entender las lógicas espaciales que sus habitantes preincaicos y prehispánicos proyectaron sobre tales espacios a la hora de componer paisajes y demarcar territorialidades. Sin embargo, entendiendo el territorio de Lipes como una región geohistórica identitaria cuya construcción durante la Colonia estuvo ligada a un proceso de etnogénesis del cual resultaron los indios lipes, me parece mucho más relevante alcanzar a definir todos aquellos componentes implicados en este doble proceso; componentes que, como he ido destacando en estas páginas, se encuentran contenidos en el propio topónimo *Lipes*. En este sentido, quien fuera que hiciese los arreglos semánticos de los cuales resultó este topónimo, se inspiró en una serie de elementos diagnósticos provenientes del entorno medioambiental, los recursos minerales y la geografía humana; elementos desde los que igualmente venían siendo compuestos los paisajes de Lipes y los estereotipos de su paisanaje. Todo ello al mismo tiempo que el componedor de regiones se servía de estos mismos elementos para articular las relaciones entre el

medio físico, sus habitantes y las actividades de éstos en aquel, buscando rasgos que le permitieran homogeneizar representaciones espaciales y identificaciones étnicas.

Por todo ello he definido Lipes como un paisaje de paisajes: punas yermas e inhóspitas aunque ricas en recursos minerales, donde campan las vicuñas y adonde acuden los indios para su caza de acuerdo con un arte específico. Un bosquejo paisajístico de Lipes sobre y desde el cual los estudios de construcción regional y de clasificaciones coloniales y etnogénesis todavía tienen bastante por decir.

7. Referencias bibliográficas

ACOSTA, José de

1987 *Historia natural y moral de las Indias* [1589]. Edición de J. Alcina. Crónicas de América 34. Madrid: Historia 16.

ANÓNIMO

1951 *Vocabulario y praxis en la lengua general de los indios del Perú, llamada Quichua* [...] [1586]. Edición de A. Ricardo. Lima: Universidad Nacional de San Marcos.

ALCEDO Y HERRERA, Antonio de

1967 *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales o América* [1786-89], 4 vols. BAE 205-208. Madrid: Atlas.

ARELLANO LÓPEZ, Jorge

2000 *Arqueología de Lipes. Altiplano Sur de Bolivia*. Quito: Pontificia Universidad Católica de Ecuador – Museo Jacinto Jijón y Caamaño – Taraxacum.

BARBA, Álvaro Alonso

1992 *El arte de los metales* [...] [1639], edición facsimilar. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

BERTONIO, Ludovico

1984 *Vocabulario de la lengua aymara* [1612], edición facsimilar. Cochabamba: CERES – IFAE – MUSEF.

BETANZOS, Juan de

1987 *Suma y narración de los Incas* [1551]. Edición de M. C. Martín. Madrid: Atlas.

CANETE Y DOMÍNGUEZ, Pedro Vicente

1952 *Historia física y política de la provincia de Potosí* [1797]. Edición de G. Mendoza. La Paz: Fundación Universitaria «Simón I. Patiño».

CAPOCHE, Luis

1959 *Relación general del asiento y la Villa Imperial de Potosí y de las cosas más importantes a su gobierno* [...] [1585]. Edición de L. Hanke. BAE 122. Madrid: Atlas.

CARRANZA ROMERO, Francisco

2003 *Diccionario quechua ancashino - castellano*. Madrid: Iberoamericana – Vervuert.

COBO, Bernabé

1964 *Historia del Nuevo Mundo* [1652], en *Obras completas del P. Bernabé Cobo*, edición de F. Mateos, 2 vols. BAE 91-92. Madrid: Atlas.

GENTILE, Margarita E.

- 1991-92 «La conquista incaica de la Puna de Jujuy. Notas a la crónica de Juan de Betanzos». *Xama* 4-5: 91-106. Mendoza.

GIL GARCÍA, Francisco M.

- 2005a «Los Lipes y la mita de Potosí: considerando la situación de un grupo étnico surandino dentro del entramado colonial», en *Estudios sobre América, siglos XVI-XX. La Asociación Española de Americanistas en su vigésimo aniversario*, A. Gutiérrez y M^a L. Laviana, coords., pp. 691-712. Sevilla: Asociación Española de Americanistas.
- 2005b «Batallas del pasado en tiempo presente: ‘guerra antigua’, civilización y pensamiento local en Lípez (Dpto. Potosí, Bolivia)». *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos* 34 (2): 197-220. Lima.
- 2008 *Lipes en los siglos XIV-XVII. Construcción de una región geohistórica identitaria en el altiplano surandino y clasificaciones coloniales*. Tesis Doctoral. Universidad Complutense de Madrid.
- 2009 «Lipes: límite de conquista, borde de colonia. Apuntes sobre la demarcación de un territorio evanescente en la frontera meridional de Charcas». Ponencia presentada al congreso *Poblar la inmensidad: sociedades y conflictos y representaciones en los márgenes del Imperio Hispánico (XV-XIX)* (Sevilla, 14-17 de abril de 2009).

GONZÁLEZ HOLGUÍN, Diego

- 1989 *Vocabulario de la lengua general de todo el Perú llamada lengua qquichua o del inca* [1608], edición facsimilar de la de 1952. Lima: Universidad Nacional de San Marcos. Lima.

HARRIS, Olivia y Thérèse BOUYSSÉ-CASSAGNE

- 1988 «Pacha: en torno al pensamiento aymara», en *Raíces de América. El mundo Aymara*, X. Albó, comp., pp. 217-275. Madrid: Alianza Editorial – Sociedad Quinto Centenario – Unesco.

HERRERO, Joaquín y Francisco SÁNCHEZ DE LOZADA

- 1983 *Diccionario de quechua. Estructura semántica del quechua cochabambino contemporáneo*. Cochabamba: Centro de Estudios Filológicos de Cochabamba.

INGOLD, Tim

- 1992 «Culture and the perception of environment», en *Bush base: forest farm, culture, environment and development*, E. Croll y D. Parkin, eds., pp. 39-56. Londres: Routledge.
- 1993 «The temporality of landscape». *World Archaeology* 25 (2): 152-174. Londres.

JUAN, Jorge y Antonio de ULLOA

- 1990 [*Relación histórica del*] *Viaje a la América meridional* [1748]. Edición de A. Sau-mell. Crónicas de América 59. Madrid: Historia 16.

LIRA, Jorge A.

- 1944 *Diccionario kkechuwa-español*. Tucumán: Universidad de Tucumán.

LOAYSA, Jerónimo, Fernando de SANTILLÁN y Domingo de SANTO TOMÁS

- 1550 «Tasa de los indios que tuvieron en encomienda Francisco de Tapia y Hernán Núñez de Segura». Casa Nacional de Moneda – Archivo Histórico (Potosí), Cajas Reales 1, ff. 56-57.

- LORANDI, Ana M^a
 1983 «Mitayos y mitmaqunas en el Tawantinsuyu meridional». *Histórica* 7 (1): 3-50. Lima.
- LOREDO, Rafael
 1940 «Relaciones de repartimientos que existían en el Perú al finalizar la rebelión de Gonzalo Pizarro». *Revista de la Universidad Católica del Perú* 8 (1): 51-62. Lima.
- LOZANO MACHUCA, Juan
 1965 «Carta del factor de Potosí... al virrey del Perú, en donde se describe la provincia de los Lipes» [1581], en *Relaciones Geográficas de Indias – Perú*, vol. II, apéndice III, pp. 59-63. BAE 185. Madrid: Atlas.
- MARTÍNEZ CERECEDA, José Luis
 1995 «Entre plumas y colores. Aproximaciones a una mirada cuzqueña de la puna salada», *Memoria Americana. Cuadernos de Etnohistoria* 4: 33-56. Buenos Aires.
- MORALA RODRÍGUEZ, José Ramón
 1986 «El nombre propio. ¿Objeto de estudio interdisciplinario?». *Contextos* 4 (8): 49-61. León.
- NIELSEN, Axel E.
 1997 «Primeras evidencias de la presencia inka en el altiplano de Lípez (Potosí, Bolivia)», en *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, pp. 280-293. La Plata.
- PINO MANRIQUE, Juan del
 1971 «Descripción de la villa de Potosí, y Partidos sujetos a su Intendencia, etcétera» [1787], en *Colección de obras y documentos relativas a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata*, edición de P. de Angelis, vol. VII, pp. 19-51. Buenos Aires: Plus Ultra.
- POMA DE AYALA, Felipe Guaman
 1987 *Nueva crónica y buen gobierno* [1615]. Edición de J. Murra, R. Adorno y J. L. Urioste. Crónicas de América, 29. Madrid: Historia 16.
- SANTO TOMÁS, Domingo de
 1951 *Lexicón o vocabulario de la lengua general del Perú* [1560]. Edición facsimilar a cargo de R. Porras Barrenechea. Lima: Universidad Nacional de San Marcos.
- SZEMINSKI, Jan
 2003 «Tawantin suyupi kawzap runa llaqtap sutinkunamanta. Ñawpaquin phatna: Purum runamanta runachasqamantawan. De los etnónimos en el Tawantin Suyu. Parte I: De los bárbaros y los civilizados». *Anuario del Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia* 2003: 525-555. Sucre.
- TERRADO PABLO, Javier
 1999 *Metodología de la investigación en toponimia*. Zaragoza: Edición del autor.
- TORRES RUBIO, Gonzalo, Juan de FIGUEREDO y ANÓNIMO
 1754 *Arte, y Vocabulario de la lengua quichua general de los Indios de el Perú. Que compuso el Padre Gonzalo Torres Rubio de la Compañía de Jesús [1619], y añadió el P. Juan de Figueredo de la misma compañía [poco después]. Ahora nuevamente corregido, y aumentado en muchos vocablos, y varias advertencias, notas, y observaciones, para la mejor inteligencia del idioma, y perfecta instrucción de los*

Parochos y Cathequistas de Indios. Por un religioso de la misma Compañía [3ª reimpresión, con licencia de los Superiores]. Lima: Imprenta de la Plazuela.

VÁZQUEZ DE ESPINOSA, Antonio

1992 *Compendio y descripción de las Indias Occidentales* [1630]. Edición de B. Velasco. Crónicas de América 68. Madrid: Historia 16.

VEGA, Garcilaso de la

1995 *Comentarios reales de los Incas* [1609]. Edición de C. Aranibar. México: Fondo de Cultura Económica.